

LETRAS

letrillas

LETRONES

POLÍTICA

¿Se convertirá Israel en otro Líbano?

Es un axioma en general, y en el caso del conflicto israelí-palestino en particular, que los extremistas de ambos bandos se fortalecen mutuamente. Queda muy claro que los hombres bomba palestinos llevaron a Ariel Sharon, el candidato del Likud, a una aplastante victoria en las elecciones de enero. Entre más sangre se derrame en las calles de Israel, más israelíes buscarán un liderazgo agresivo. Entre mayor sea el despliegue militar de ese liderazgo en los territorios ocupados, mayor será el número de hombres bomba. Pero este simple hecho, por cierto que sea, oculta el lado más profundo y siniestro de la alianza estratégica y tácita entre el primer ministro Sharon y el jefe de la autoridad palestina, Yásir Arafat. Ambos líderes creen que pueden controlar todo el territorio

entre el río Jordán y el mar Mediterráneo, de modo que ambos están decididos a prevenir cualquier acuerdo para dividirlo permanentemente en dos Estados.

Si bien Ariel Sharon fue elegido para combatir el terrorismo, no es eso a lo que se ha dedicado. Al menos no en primera instancia. Si tomara en serio su lucha contra el terrorismo, Sharon estaría construyendo una muralla alrededor del Banco Occidental, como lo había prometido. Ya existe un muro alrededor de la Franja de Gaza, y ha resultado casi infalible contra los hombres bomba. Pero en el Banco Occidental, la Línea Verde —la frontera entre Israel y Jordania anterior a 1967— está prácticamente abierta. Las carreteras están vigiladas, pero la frontera puede atravesarse a pie, sin pasar por las carreteras. Puede tomarse lo que los palestinos llaman el “Autobús número 11”, las propias piernas.

Sin embargo, Sharon sabe muy bien que un muro terminaría por convertirse

de nuevo en una frontera, y una frontera significaría el abandono de los asentamientos y la división del territorio en dos Estados. Y ello es exactamente lo que está tratando de evitar. So pretexto de una guerra contra el terrorismo, Sharon está reforzando los asentamientos en el Banco Occidental. Al invadir reiteradamente los territorios palestinos, destruir sus casas y construir “desviaciones” para los asentamientos judíos, está fraccionando tanto el territorio palestino como la capacidad de los palestinos para controlarlo. Toda su política está encaminada a fortalecer el dominio israelí sobre los territorios ocupados.

Antes de las conversaciones de paz de Campo David entre Arafat y el ex primer ministro laborista Ehud Barak, en el 2000, y antes de la violenta Intifada que las siguió inmediatamente, la mayoría de los votantes israelíes creían que Arafat, a diferencia del partido Likud encabezado por Sharon, buscaba la división en dos Estados. Por ende, alrededor de tres cuartas partes de la población israelí favorecía los tratados de Oslo —una división gradual en dos Estados— y estaba dispuesta a dejar los territorios ocupados a cambio de un acuerdo de paz. Pero las conversaciones de Campo David frustraron estas esperanzas y socavaron la premisa básica de Oslo. Arafat, de manera abierta y clara, rechazó la división. Esto resultó tan sorprendente para tantos, que surgió toda una industria apologética. Se dijo que el ex primer ministro Barak no ofreció lo que decía ofrecer, que Arafat fue puesto contra la pared sin tiempo para ajustar las concesiones requeridas para la división, etcétera. Pero todo ello estaba mal sustentado. En realidad, Barak ofreció casi todo el territorio, incluidas algunas concesiones en Jerusalén —un asunto delicado para Israel. Y lo que Barak no ofreció fue compensado por la propuesta de Clinton, que trataba de acercar a ambas partes. No obstante, Arafat rechazó también la propuesta de Clinton y lanzó la carta triunfal en la mesa de negociaciones: exigió que Israel le concediera el “dere-

cho de regreso". Éste es el derecho que tienen los refugiados palestinos de 1948 de regresar, no a los territorios ocupados, sino al interior de Israel, lo cual implicaría que Israel mismo, dentro de la Línea Verde, se vería inundado por cientos de miles, si no es que millones, de palestinos. Ningún gobierno israelí podría aceptar lo que equivaldría al suicidio del Estado judío, como Arafat bien lo sabe.

Los apologistas podrán tener elaboradas explicaciones para el fracaso de Campo David, pero el público israelí en general no duda sobre lo que significó: Arafat no quiere la división. No está peleando por un Estado vecino de Israel, quiere un Estado palestino en lugar de Israel. Si acaso quedaba alguna duda, la Intifada que siguió a las conversaciones de Campo David se encargó de disiparla. Desde la perspectiva israelí, parecía que Israel estaba ofreciendo todo lo que podía y recibiendo a cambio una guerra. Si Arafat al menos hubiera dado un paso decisivo para limitar el terrorismo a los territorios ocupados, los israelíes habrían podido reavivar la esperanza de una división pacífica. Pero las explosiones en autobuses y clubes nocturnos en Tel Aviv envían un mensaje muy diferente: el liderazgo palestino está rechazando el derecho mismo que tiene Israel de existir, no sólo su dominio sobre los territorios ocupados.

La lógica que subyace tras el rechazo de Arafat parece bastante clara. Después de todo, la izquierda israelí lleva más de tres décadas diciendo no sólo que la ocupación es inmoral y que corrompe al ocupante, sino también que el Estado judío no puede sobrevivir si se aferra a los territorios ocupados. En realidad, se trata de un problema de cantidades: el credo sionista, el proyecto de un Estado democrático judío, sólo es viable en un territorio donde los judíos sean una mayoría decisiva. Si los judíos son una minoría, se verán obligados a elegir entre los dos principales pilares del sionismo, un Estado judío y un Estado democrático: o bien evitan que los árabes en los terri-

torios voten, manteniendo así el carácter judío del Estado a expensas de la democracia, o bien les otorgan el derecho al voto y abandonan el carácter judío del Estado. Actualmente, los árabes en los territorios ocupados, a diferencia de la minoría árabe dentro del propio Israel, están bajo dominio militar y no tienen la ciudadanía israelí. Sin los territorios, los ciudadanos árabes de Israel constituyen alrededor de 20% de la población del país. Con los territorios, los árabes son poco menos de la mitad, con índices de natalidad en Gaza y el Banco Occidental entre los más altos del mundo. Dentro de unos años, habrá una mayoría árabe entre el río Jordán y el mar Mediterráneo, e Israel deberá elegir entre convertirse en una democracia árabe con una minoría judía o volverse un *apartheid* permanente. De cualquier manera, Israel, como lo conocemos, dejará de existir. Abandonar los territorios ocupados es la única manera de conservar el sionismo, y Arafat, como Campo David dejó claro, no quiere conservarlo.

Esta terrible realidad es claramente la base del plan presentado por el nuevo candidato laborista, Amram Mitzna. El plan de Mitzna era tratar de negociar un acuerdo con los palestinos en un año. Pero si al cabo de un año las negociaciones no desembocaban en un acuerdo, retiraría y dismantelaría los asentamientos de manera unilateral. A diferencia de la postura de izquierda más tradicional, que destacaba la paz por un lado y la aberración moral de la ocupación por el otro, Mitzna le dio vuelta a todo el argumento: el interés más vital de Israel es separarse de los palestinos —y no establecer la paz con ellos. Abandonar los territorios ocupados no es una concesión para los palestinos, es la condición para la existencia nacional judía. La lógica que subyace tras la posición de Mitzna no es lo que se consideraba como una crítica al nacionalismo de Israel: es una justificación nacionalista. No es la primera vez que se escucha un plan para el retiro unilateral, pero es la primera vez que aparece como el credo de un importan-

te contendiente para el puesto de primer ministro.

Con todo, Mitzna se enfrentó a una fuerza tremenda y perdió las elecciones por un amplio margen frente a Sharon. Al parecer, los israelíes no están listos para abandonar las premisas básicas de su discurso político, que ve la cesión de los territorios ocupados como un favor que Israel haría a los palestinos, como una recompensa por su buena conducta. Más aún, la alianza Sharon-Arafat contra la división del territorio ha logrado desviar la atención de los temas cruciales de la división y la demografía hacia la cortina de humo del terrorismo. Éste, por doloroso y atroz que sea, simplemente permite que ambos líderes oculten el hecho de que no quieren la división.

La ironía es que tanto Arafat como Sharon tienen razón en parte. Sharon tiene razón en suponer que su política de construcción de carreteras y expansión de asentamientos terminará por imposibilitar un Estado palestino viable en los territorios ocupados. Arafat tiene razón en suponer que una mayoría musulmana, que está sólo a unos años de distancia, terminará por derrocar al Estado judío. Pero ambos se equivocan de una manera más importante. Evitar la división no otorgará el control sobre todo el territorio a ninguna de las partes. En cambio, traerá una Bosnia para ambos pueblos. El desvanecimiento progresivo de la Línea Verde y la creciente mezcla de las poblaciones provocará una guerra civil crónica e irresoluble.

Israelíes y palestinos no tienen que mirar lejos para encontrar precedentes. Esto ya sucedió con su vecino del norte, el Líbano, que solía ser el único país no musulmán de la región. La antigua mayoría cristiana del Líbano trató de dominar un territorio donde estaba destinada a ser una minoría, provocando así una guerra civil permanente. Es poco probable que Israel tenga un destino diferente, a menos que reduzca su territorio a los límites anteriores a 1967, donde la mayoría judía es clara. El rechazo del plan Mitzna a favor de la

política agresiva de Sharon es, por ende, un importante paso hacia otro Líbano. A menos que Israel despierte e imponga unilateralmente la independencia a un liderazgo palestino renuente, el Estado judío será un experimento de corto plazo en Medio Oriente. —

— POR GADI TAUB

Traducción de Adriana Santoveña

PINTURA

Vin y Pau

En los 150 años del nacimiento de Van Gogh y los 100 de la muerte de Gauguin.

Marchaban a estos Campos Elíseos, cargando sus avíos. A Pau, quien se consideraba de los dos el más hecho —por lo menos él sí vendía—, le molestaba el desarreglo de Vin, cuyo estuche atiborrado de tubos de óleo siempre cerraba mal.

Y qué óleos: amarillo cromo 1, amarillo cromo 2, amarillo cromo 3, amarillo cromo 4. Vin pintaba horas bajo la solana, y remataba de noche escapándose del burdel con su sombrerito orlado de velas de sebo que encendía para seguir empastando óleos amarillos bajo las estrellas. Siguiendo al dedillo la lección de los viejos impresionistas, había desterrado de su pintura toda tiniebla, y se había cargado de paso a la sombra. En cambio, Pau se refugiaba bajo los fresnos prefiriendo los matices congruentes de la solombra. Meditaba, contemplaba, su ejecución era mucho más lenta. ¿Qué hago yo aquí con éste?, frotaba las cerdas del pincel mientras veía al otro bosquejar la terracería de los Campos Elíseos, *Alyscamps* en provenzal, a cuyos costados se tienden hileras de sarcófagos romanos echados al sol.

En la fantasía de Vin, se trataba de fundar en Arles una cofradía de pintores que trabajarían y avanzarían juntos, ayudándose entre sí en un taller colec-

tivo. A Pau eso le sonaba más bien a socialismo, y la idea, no porque sí y nada más, le producía desprecio, pues le constaban los torcidos rumbos a que llevaban semejantes ilusiones. Era nieto de una célebre dama anarquista que distribuyó su fortuna entre los pobres. Eso sí, cuando la abuela murió, muchas delegaciones siguieron su féretro. La fortuna familiar se repartió a un lado y otro del camino, como estos sarcófagos de mármol, sin tapas, partidos en la necrópolis de los *Alyscamps*. Pau prefería la soberanía individual a los sueños de igualdad. ¿Qué podía saber un alma elemental, como la de Vin, de socialismo? Vale más cuidar las finanzas, porque con esto de ir a mitades en los gastos, con el desorden que se trae, y con su incapacidad para vender un cuadro, cuidado.

¿Socialismo o caridad? Concentrándose en la tragedia de Vin, Pau



Vincent Van Gogh, alrededor de los dieciocho años.

restaurará una anécdota. Ahí lo tienes a Vin, de un solo trazo. Era una tarde de nevada, antes de Arles, cuando rondaba en París con ese aspecto suyo de campesino o de mendigo. Va por la calle cargando un cuadro, un bodegón, algo que representa comida, unos camarones rosados, y entra a un bazar de tiliches para ofrecerlo en venta. El comerciante se hace mucho del rogar,

pero acaba cambiándoselo, siempre con el argumento de ayudarlo, por una moneda de cinco francos. Tenga. Vin la toma al vuelo y corre apurado de vuelta a casa. Pero al pasar por la estación de tren una figura se le atraviesa. Es una mujer menesterosa que le alarga la mano. ¿Qué hacer? Deposita en esa mano sus cinco francos, y huye rápidamente de la escena con el estómago vacío. ¿Socialismo o caridad? Si no fuera por el hermano que le transfiere mensualmente, que nos transfiere, mensualmente, por ahora, una cantidad, más mis ventas, y Vin que se lo gasta en tonterías. ¿Cuándo empataremos, Vin, cuándo nos conciliaremos? No antes de cien años. Calculando, calculando, en esa época todos los artistas vivos vivirán fraternalmente en el panteón.

Vivirán en comunas como la que sueñas. Llevarán nombres impronunciables, Archipenko, Zadkine, Lipschitz, Kikoïne, Krémègne, Volovitz, Soutine, Mané-Katz, Diegorrivera, los habrá de todos los países, incluso un holandés solitario, de seguro tan raro y utopista como tú, vivirán enterrados bajo los ideales del internacionalismo y el pacifismo en falansterios, como quieren los fourieristas, o en los mismos edificios de departamentos en la ciudad, compartiendo talleres, chicas y modelos, dedicados sempiternamente al trabajo de aportar felicidad humana bajo el principio de la ayuda mutua, en sus propios Campos Elíseos, su morada final de los virtuosos.

Antes de que todo termine como siempre a gritos y navajazos, cuando yo me haya ido, tu sueño socialista habrá terminado. No vendrá jamás otro a pintar contigo, Vin, y desde tu rincón, el rincón más alejado del burdel, verás el tamaño de tu soledad. Harás esos cuadros de cafés y restaurantes nocturnos semivacíos, terrazas alumbradas a un costado de la plaza



Paul Gauguin con sus hijos Emil y Aline.

desde la perspectiva del que no participa, y esa habitación tuya con tu cama y tu sillita que remachan tu aislamiento y el fracaso de tus fantasías. Mala idea. Pero un día, tu óleo de los camarones rosados aparecerá en subasta. Por el bodegón de cinco francos, alguien pagará cuatrocientos cincuenta. No viviremos para contarlo, por eso yo lo cuento desde ahora, Vin. Muy bien vendido. En ese entonces nuestras tumbas quedarán abiertas al lado del camino, en las filas de la enorme necrópolis, saqueadas, y tú habrás aprendido esta lección. Entretanto, pinta, pinta los Campos Elíseos provenzales, a estas mujeres de vestidos ampones y pañoleta en la cabeza que bajan de la iglesia. Te encantan, Vin. A mí me parecen ordinarias como el vino del Ródano, como las salchichas con papas en la terraza del café, como tus pilas de heno, como esa casa amarilla en donde has alquilado el estudio para la comunidad de los artistas, de la que justo vas a nombrarme director el día en que yo te diga definitivamente no. —

— JAIME MORENO VILLARREAL

CIUDAD

Memo for Giuliani

Señor Giuliani: Me causó perplejidad que recorriera usted algunas calles de mi urbe todo azorrillado (SCARED) en larga comitiva de camionetas blindadas. Nuestro jefe de gobierno nos explicó después que la jira servía para que se hiciera usted una (muy) relativa composición de lugar. Así, si ahora le dan “el parte” de un asalto en la colonia Buenos Aires, en su mente inmediatamente aparecerá THE STOLEN CAR PARTS AREA!, lo cual puede ser útil cuando le cuenten la última de las muchísimas historias de la Gran Ciudad: CLONED POLICE CARS, las patrullas “clonadas” que atestiguan “nuestro” ingenio criminal (o policíaco) y que usted se preguntará si acaso las calafatean en La Buenos Aires.

Y confieso que me causó azoro descubrirlo de cuerpo entero en la tele al día siguiente, caminando como Pinocho entre el pópolo con una sonrisa que yo llamaría falsa si no supiera que es la única que tiene, y hasta PRESSING THE

FLESH de la gente que se acercaba para ver al nuevo Eliot Ness. Don Rudo, ¡imagínese en qué estado de paranoia vivimos, que no sólo a nadie le da un ataque de risa porque un sujeto tan ajeno (ALIEN) como usted nos asesore, sino que incluso la gente se le acercaba a usted casi como antaño a Cuauhtémoc Cárdenas (AN EX-MAJOR)!

Lo que voy a decir es un abominable lugar común, pero creo que hubiera sido un poco mejor que recorriera usted la ciudad en taxi, preferiblemente en un vochito (OLD BEETLE VW); aunque no en cualquiera porque en algunos operan los EXPRESS KIDNAPPERS,

unos secuestradores que lo agarran a usted, lo amenazan, le muestran una fusca o una punta (GUN OR KNIFE), le roban la cartera y las tarjetas de crédito y le ponen una madriza (MUGGING) o filereada (BLADE CUTS) del calibre que se les dé su chingada gana. (Sé que no le gustan las FOUR-LETTER WORDS, pero ésta tiene ocho letras.) Si es usted mujer, además, los secuestradores exprés pueden convertirse también en RAPISTS, y en esta ciudad pululan los pinches machines, los violadores de mujeres, niñas y niños. Por cierto que a los MACHO PRICKS, así como a quienes roban objetos de las iglesias o atropellan a un peatón, a veces se les somete a LYNCHINGS en los pintorescos pueblos de la periferia del DF, con todo y a FLOGGINGS y ATTEMPTED BURNINGS ALIVE. En cierta ocasión, nuestro pintoresco jefe de gobierno dijo que los linchamientos, las patizas, los azotes y los intentos de quemar a los tipos atados a postes eran “usos y costumbres”, luego dijo que la prensa le había inventado esas palabras; sería interesante saber qué le dice a un neoyorkino, suponiendo que él sepa suficiente inglés para

suplir la falta de español de usted.

Otra razón, Mr. Giuliani, por la que le desaconsejo que viaje en autos tan llamativos son los ACTUAL KIDNAP-PINGS: hay gente que nomás ve un cochezote y ya lo quiere robar, y hasta secuestrar de paso al próspero propietario. Son gente muy mala onda que sale todos los días en THE NEWS: algunos se han hecho famosos por su ferocidad, como los que cortan dedos u orejas de sus víctimas. El más célebre de ellos justamente se llama THE EAR-SLICER (Mochaorejas), y ya está en la cárcel, por lo que no tendrá usted que aconsejarnos cómo atraparlo. Para terminar con la lista de CRIMINAL ELEMENTS a los que sin duda habría que asestarles ZERO TOLERANCE, mencionaré a los dílers y conectes, que ustedes llaman DEALERS o PUSHERS, según entiendo, y que expenden su peligrosa mercancía en muchas esquinas (STREET CORNERS), misceláneas (MOM AND POP SHOPS), changarritos varios (MORE OR LESS THE SAME BUT SMALLER) y hasta carritos de helados (ICE-CREAM VENDORS). Para no hablar de los picaderos que son como HOLES IN THE DOOR donde el pobre adicto mete su brazo para que lo inyecten. Pero, MAN!, esto usted lo sabe mejor que nosotros, porque son sueños de opio y tecnología de ustedes los gringos.

Para toda esta calaña (VERMIN) la muy tolerante ciudad de México (THE DF) ya pide a gritos castigos extremos, como la pena de muerte, la castración y otros horrores más aclimatados a los países musulmanes o los Estados Unidos. Dígame usted, señor Giuliani, ¿qué se debe hacer cuando una sociedad empieza a perder el control de sus reflejos, luego de que los encargados de la ley han perdido el control sobre los criminales (en parte porque los que controlaban a los criminales eran a su vez criminales que el pueblo sacó del poder)? Controlar esa sociedad tranquilizándola, ¿no? ¿Y cómo la tranquiliza uno? ¿Con Tolerancia Cero y toda la serie de medidas preventivas, profilácticas y autoritarias que la acompañan y que yo, como mucha gente, probablemente entiendo de



El nuevo Eliot Ness.

una manera hartito simplista?

Hablemos un poco más del asunto, mister. A los individuos y especies siguientes, ¿debemos aplicarles Nula Tolerancia? Por ejemplo, mire usted, es sabido que su eficaz e impopular alcaldía hostigó a los teporochos (WINOS), sexo-servidoras (HOOKERS) y vagos (BUMS), pero me gustaría saber si se atrevería a hacerlo en esta ciudad. ¿O, en vez de nula tolerancia, adoptaría medidas de *casi nula, muy poca, bastante poca y poquísi-ma* tolerancia según las zonas de la ciudad? Con los franeleros y huacaleros (INFORMAL CAR MINDERS) ¿aplicaría usted mano dura? Con los niños de la calle (STREET URCHINS) y los limpiaparras (SPONTANEOUS WINDOW WIPERS) ¿utilizaría las organizaciones caritativas de su religión, la católica, o de plano les diría que se larguen a otra ciudad, porque aquí ya no los vamos a aguantar? Y a los que venden discos piratas y ropa china y tenis clonados en Tailandia y juguetes de fayuca (SMUGGLING) y colgajitos para la novia y sávila auténtica ¿les aplicaría usted multas, como a Capone, por no pagar sus impuestos?

Y a los diputados locales y federales

que se emborrachan y hacen escándalo, ¿les aplicaría sin piedad su TEQUILAGATE? Y a los policías barrigones (FATSO COPS) los metería usted ahora sí que en cintura por no parecer verdaderos FASCIST PIGS? Y a los coreanos y nativos que medran en Tepito ¿los trataría con el rigor despótico de un Kim Il Sung? ¿Y prohibiría que los policías y otros empleados públicos aceptaran mordidas (BRIBES) so pena de... ¿so pena de como qué, más o menos? Y a los microbuseros (DRIVERS OF PUBLIC BUT PRIVATE COLLECTIVE TRANSPORT) ¿les quitaría definitivamente la licencia de manejar por manejar como manejan? REALLY?!

Y déjeme decirle que en esta ciudad, después de sumisamente soportar décadas de autoritarismo, las manifestaciones toman las calles que quieren, a las horas que quieren y el día que quieren sin que ninguna autoridad las sancione o agarre a chingadazos (CLUBBING). Y si quieren venir con machete, pueden, y si quieren meter sus cuacos en el Congreso (HORSES IN CONGRESS!), pueden; y si unas cuantas decenas de cegeacheros (LEFT WING INFANTILE IMBECILES) quieren cerrar la Universidad Nacional, también pueden.

Una cosa más y ya. Yo sé que allá en la Gran Manzana usted acabó con la pésima reputación de 42nd STREET, donde ahora ya no hay SEX-SHOPS ni JUNKIES sino un ¡Teatro Disney! Fíjese que aquí en la Plaza Garibaldi (WHERE YOU GO GET YOUR MARIACHI) las cosas están muy gruexas también, pero yo personalmente le suplicaría a usted que no nos vayan a construir allí un Teatro Chespirito. Gracias.

(Ahí me pasa luego lo que sea su voluntad, don Rudy.) —

— HÉCTOR MANJARREZ

CIENCIA NO FICCIÓN

Homo alien

El laboratorio produce su propia música ambiental, su *soundtrack* • inconfundible: burbujas cantando dentro de probetas, latigazos de electricidad que zumban de una antena a otra,

la palanca que se baja, el botón que se oprime, el homínulo que se fabrica y que lleva la firma de Paracelso o de Viktor Frankenstein, da igual. Más allá del perfil del científico loco de turno, el objetivo es siempre el mismo y suele tener algo de revancha: si Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, entonces el hombre se propone ser todavía más parecido a Dios creando vida artificial para que –después, casi enseñada– el monstruo de turno desarrolle inevitable psicosis mesiánica y se proponga destruir a su supuesto amo y señor. Y, detalle imprescindible, cuando todo ha volado por los aires, escribir siempre THE END entre signos de interrogación.

Esta posibilidad, hasta no hace mucho confinada a novelas fantásticas y de ciencia ficción, ha ascendido –con pertinente potencia de efeméride, coincidiendo con los fastos del nuevo milenio, imposible ubicarla en mejor momento desde un punto de vista del *marketing*– a la categoría de acontecimiento no ficticio e histórico con la decodificación de ese jeroglífico esculpido en la doble *belix* de nuestros genes. Lo que no significa necesariamente que se haya devaluado su potencia mítica; y ahí están en mi televisor, en vivo y en directo, los voceros autorizados de la secta de los raelianos asegurando que acaban de clonar a un par de bebés para envidia de una oveja llamada Dolly. ¿Cuándo fue que nuestra realidad se convirtió en ciencia ficción? Volvemos a estudios centrales...

II. La idea de manipular la vida y el cuerpo es antigua como el hombre y vieja como el género. Ahí están ese monstruo alemán hecho de pedazos, ese doctor inglés bebiendo la pócima de su lado oscuro y la imaginación de H.G. Wells –quien hoy goza del raro honor de ser el único autor de ciencia ficción al que la Historia ha acabado ignorando, desentendiéndose de sus marcianos, invisibilidades y viajes en el tiempo– elevando animales a humanoides fanatizados por el espanto de su propio milagro. Aldous Huxley –en su cada

vez más tristemente posible *Un mundo feliz*– imaginó una sociedad de embriones ectogénicos divididos en “alfas”, “betas” y “gamas”. Los *thrillers* medicinales de Robin “Coma” Cook se apoyan no sólo en el temor atávico a los hospitales sino, también, en la sospecha de que allí dentro se están haciendo cosas que no hay que hacer. Y la ciencia se ha escapado de sus santuarios secretos y hoy baila desahogada en la sala de nuestros hogares desordenados con ordenadores.

Otra vez lo del principio: el hecho de que Dios guste de jugar a los dados no implica necesariamente que nosotros seamos buenos *croupiers*, y así pareciera que –en las novelas y en las películas– toda forma de imaginación genética está inevitablemente condenada al fracaso y al horror y al caos incluso, cuando se exploran las posibilidades más delirantes: en *Ubik*, a Philip K. Dick –acaso el escritor futurista que mejor supo sintonizar nuestro presente– le interesaba más la prolongación de la muerte que la de la vida, almacenando los cuerpos en bóvedas donde se los puede visitar, y sintonizar las menguantes ondas de su cerebro; en *Children of Darkness*, Dan Simmons descubre que la cura para el sida reside en la sangre de los vampiros; en la saga cómic cinematográfica de *X-Men*, normales y mutantes compiten por el control de ese laboratorio planetario donde siempre –tarde o temprano– tiene lugar un inesperado y definitivo accidente.

Consumimos ésta y tantas otras variaciones alrededor de la misma fantasía –la transformación del ser humano por mandato o azar– con la sonrisa casi piadosa de quien no cree en ellas porque ahora la realidad es mucho más atractiva. A la hora de la imaginación pura y dura, verdadera o falsa, la ciencia es *ficción* y la realidad es *fricción*.

“Que vivas tiempos interesantes”, dice una ancestral maldición china.

En eso estamos.

III. Uno de los momentos más recordables del cine de ciencia ficción tiene

lugar y tiempo en *Alien*, film de Ridley Scott de 1979. Allí, el marinero espacial interpretado por John Hurt comienza a sufrir convulsiones frente a sus amigos, su pecho vibra, y ya saben lo que ocurre después: el octavo pasajero surge de sus tripas sonriendo con todos y cada uno de sus muchos dientes.

Poco más de tres décadas después, nuestra idea del futuro ha cambiado de signo. No me parece casual que una sección del periódico español *El País*, de nombre “Futuro”, nos provoque vértigo, semana tras semana, con noticias de nuestro presente donde se nos informa acerca de la clonación de especies extintas o de los avances en la persecución de la inmortalidad. Atrás, muy atrás, ha quedado la amenaza o la esperanza extraterrestre como tema y temor y efectos especiales de película triunfalista estadounidense. ¿A quién le importa si E.T. volvió a su casa, a qué nativo del planeta Tralfamadore podemos resultarle interesantes como materia de estudio? La iluminación evolucionada no vendrá en la forma de una supercomputadora con problemas existencialistas ni en la de un bebé cósmico y mesiánico como en *2001: Odisea del espacio*. La condena a la extinción no nos alcanzará como una máquina de matar extraterrestre que nos utiliza como efímeras incubadoras, ni en la forma de sucesivas oleadas de platillos voladores que apenas disimulan su fachada subliminal y terrena de amenaza amarilla, roja o con barba y turbante.

La ciencia no ficción –a diferencia de la ciencia ficción, sostenida durante décadas en la idea del viaje interplanetario y la comunión planetaria– ha decidido que es mejor quedarse en casa. Retirarse de la carrera especial (a no ser que se la promocione como folleto turístico y millonario) y de esos transbordadores inflamables, y dar por fin de baja a la estoica y políticamente correcta tripulación de la *Enterprise*, reemplazando el espacio exterior por el espacio interior y el año luz de las constelaciones por la sombra virtual de nuestras carcazas de carne que se acumulan en la colmena de *Matrix*. Acorralado el genoma –vence-

dores y vencidos—, no nos queda más remedio y distracción que acabar viajando por nuestras tripas y convertirnos así en nuestros propios *aliens*. Somos invasores de nosotros mismos. ¿Para qué viajar a un cuerpo celeste cuando tenemos nuestro cuerpo tan cerca?

Aquel *shock* del futuro se ha convertido en este *crack* del presente —utópico o distópico, quién sabe, el tiempo dirá— donde, contra lo que jura el agente Mulder en sus noches de *Expedientes X*, la verdad ya no está ahí afuera sino aquí adentro, más adentro todavía. —

— RODRIGO FRESÁN

HISTORIA

La historia a juicio

Para Uri Raich Portman

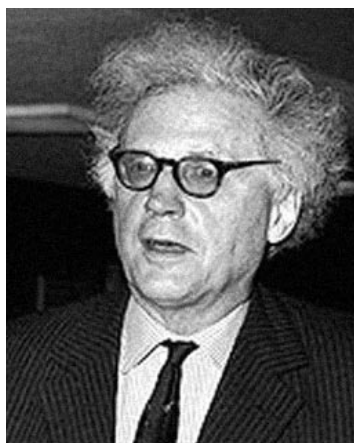
Las batallas por la veracidad histórica suelen extenderse en varios frentes. En ocasiones, escuadros

de hermeneutas se lanzan al espacio aéreo y libran feroces combates alrededor de una tronadora duda hiperbólica: ¿Existió Napoleón? ¿Realmente peleó en Waterloo? Otras veces, la pelea se resuelve en tierra firme, a nivel de cuadrilátero: desde sus respectivas esquinas, los historiadores se ajustan los guantes y salen a popinar sus mejores *jabs* con el único obje-

tivo de desfigurar los argumentos y demostraciones del contrincante. Cuando son buenas, estas contiendas pueden ser de campeonato. El recientemente fallecido historiador británico Hugh Trevor-Roper, por ejemplo, participó en varias de ellas. En 1961, la publicación del más controvertido libro de A.J.P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, desató una apasionante y ríspida polémica en la que Trevor-Roper denunciaba una interpretación errónea y tendenciosa de los

hechos —Taylor sostenía que entre 1933 y 1939 Hitler había actuado movido por un agudo y sin duda siniestro sentido de la oportunidad, antes que siguiendo un plan maestro— que atizaría el fuego de la “mitología neonazi” y terminaría hundiendo su reputación. La acusación de Trevor-Roper en contra de un germanófobo confeso tuvo algo de extravagante, pero fue también una rara premonición de sus duelos futuros con el antisemita David Irving, el pretendido historiador para quien el Holocausto había sido “un mero pie de página en la historia”.

II. Junto con John Lukács y otros historiadores y germanistas, Trevor-Roper empezó a demoler en sus reseñas los métodos y procedimientos de investigación de Irving años antes de que éste profiriera su más espeluznante patraña. La presentación de Irving de los diarios apócrifos de Hitler en 1983 le proporcionó a Trevor-Roper otro *casus*



Hugh Trevor-Roper.

belli. Aunque en un primer momento el propio Trevor-Roper cayó en la misma trampa que el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y *The Times*, posteriormente el historiador negó la autenticidad de los diarios en una célebre conferencia de prensa, al demostrarse que su supuesto albacea no era más que un vulgar émulo del ilustre falsario

Vrain-Lucas, quien en

1857 hizo pasar por auténticas unas cartas signadas primero por Pascal y luego por Galileo en las que ambos formulaban, antes que Newton, el principio de la atracción universal.

III. Irving también poseía su propio árbol genealógico de la infamia, cuyas raíces descendían hasta los bajos fondos de un submundo habitado por seres que profesan una escalofriante demencia pseudoacadémica: los *Holo-*

caust deniers, una nebulosa cofradía de profesionales de la fabricación y la ignominia que, agrupados en torno a dudosas organizaciones como el *Institute for Historical Review* de California o el *Adelaide Institute* de Australia, se han presentado en su momento como los temerarios detentadores de una verdad que suponen censurada, pero científicamente verificable en el universo sombrío de la mentira y el embuste. A esta caterva de canallas y sus oprobios sistemáticos se refirió la historiadora estadounidense Deborah Lipstadt en su libro *Denying the Holocaust*, en el cual retrataba a Irving como un falseador y tergiversador de fuentes documentales, un “neofascista” cuya principal destreza consistía en distorsionar la evidencia histórica y “uno de los más peligrosos portavoces de la negación del Holocausto”. El resultado de enunciar la verdad más obvia fue una demanda por difamación a Lipstadt y a su casa editorial, interpuesta por el propio Irving en 1996 ante la *High Court* de Londres. La defensa de Lipstadt se dio a la tarea, entonces, de demostrar puntualmente cada una de las acusaciones hechas a Irving por la historiadora, y para lo cual se comisionó a expertos y especialistas de Alemania, Holanda y Estados Unidos con objeto de discutir y probar en sus informes la existencia de las cámaras de gas en Auschwitz y del papel desempeñado por Hitler en la política de exterminio del Tercer Reich, así como evidenciar su manipulación de la historia mediante el cotejo de todos los archivos, fuentes, documentos y referencias utilizadas por él mismo. El encargado de realizar esta tarea colosal —la revisión minuciosa de más de treinta libros y una multitud de artículos y conferencias—, el profesor de Cambridge Richard Evans, entrevistó desde el principio la naturaleza precisa del caso. No se trataba de probar la que ha sido una de las tragedias más terribles de la historia: a juicio estaban, sobre todo, las formas de hacer y crear el conocimiento histórico a partir de las huellas y registros del pasado.

IV. El juicio de la historia tuvo lugar entre enero y marzo del 2000, en la sala 37 de las *Royal Courts of Justice* del Strand, al sur de Londres. En ausencia —pactada por las partes— de un jurado, el juez Charles Gray fue el encargado de determinar el veredicto. La defensa estuvo a cargo de un probadísimo abogado en casos de difamación, Richard Rampton, mientras que el acusador —al igual que su contraparte en La Haya, el genocida Milosevic— decidió representarse a sí mismo ante el tribunal.

Durante dos meses, se discutieron en detalle los informes de los expertos, se sometieron indicios y pruebas, y pasaron al banquillo el propio Irving, el periodista Peter Millar, Richard Evans y sus colegas historiadores John Keegan y Donald Cameron Watt. Cada una de las sesiones tuvo un lleno a tope: asistieron, codo con codo, sobrevivientes del Holocausto y militantes de organizaciones de extrema derecha, miembros de la prensa y eminencias de la academia, como el historiador Martin Gilbert y el autor de *El terror nazi*, Eric A. Johnson. Todos por igual fueron testigos de la caída estrepitosa de Irving, de las mil y una trampas que había perpetrado al citar de manera selectiva cientos de fragmentos y frases descontextualizados a su conveniencia, del desprestigio terminal que le acarrearía ser desenmascarado en público no sólo como un pésimo historiador, sino como el fanático intransigente que había sido siempre. Fue declarado culpable en el juicio del siglo XX. —

— BRUNO HERNÁNDEZ PICHÉ

LITERATURA

Breve y alegre sin exagerar

Ha muerto un escritor. ¡Sólo un escritor! He leído muchos cuentos de Monterroso, pero sólo me acuerdo del más corto, *El dinosaurio*, que dice: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.” Es el cuento más corto de toda la historia de la literatura. ¡Vale para todo! Su principal arma literaria es la ironía. Siempre

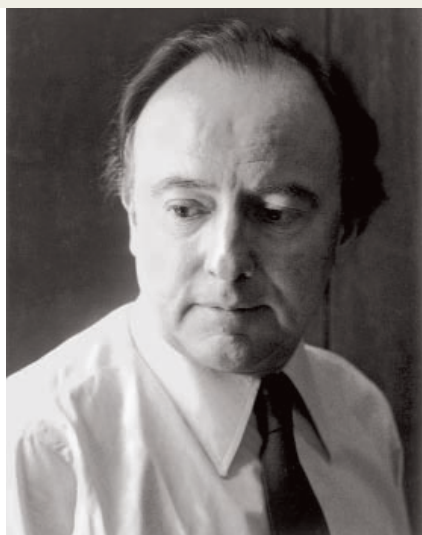


Foto: Paulina Lavista

Monterroso, siempre joven.

corre el riesgo de utilizarse en serio. *El dinosaurio* es la crítica política más sutil del totalitarismo inherente al partido político que desgobernó México durante 73 años, el PRI, pero no contiene una moraleja. El redencionismo tercermundista no es cosa suya. Menos todavía el altruismo y la filantropía. No tiene afán de trascendencia. Su único objetivo es la escritura. ¡La literatura! Únicamente el lector desprevenido dará sentido y veredicto a sus cuentos, fábulas, textos trucados, novelas cortísimas y diarios para gente ociosa. El autor se limita a responder y quizá también a reírse de sus palabras.

Ha muerto un escritor de brevedades. ¡Un escritor inteligente! La brevedad fue su cortesía. Todo en él fue breve, excepto la inteligencia, pues su autocrítica fue implacable: “El escritor de brevedades nada anhela más en el mundo que escribir interminablemente largos textos, largos textos en que la imaginación no tenga que trabajar, en que hechos, cosas, animales y hombres se crucen, se busquen o se huyan, vivan, convivan, se amen o derramen libremente su sangre sin sujeción al punto y coma, al punto.”

Ha muerto un escritor de misceláneas. ¡Un escritor mestizo! Con un poco de arte y otro tanto de pensamiento, sazonado con mucho cinismo antiguo, nos escribe un ensayito, o sea, una obra de filosofía sobre la crueldad de la es-

tulticia. El texto de *La oveja negra* es paradigmático: “... Una oveja negra fue fusilada. Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque. Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.”

Ha muerto un escritor obsesionado por la palabra. ¡Sin magia la palabra desaparece! No hay dogmas para escribir. El escritor tiene que ser limpio. He ahí *La palabra mágica*, esa narración concisa y amena, gloria de la prosa hispanoamericana, para constatar que la norma de la escritura desaparece, cuando sentimos mágicamente la palabra: “En cuanto a nosotros, somos como Ginés de Pasamonte, gente de muchos oficios, y nuestra herencia es la picaresca y unas veces estamos presos y otras andamos con un mono adivino o una cabeza parlante, mientras al margen escribimos lo que buenamente podemos.” La palabra, la buena palabra, está siempre encantada, pues siendo inofensiva no puede dejar de ser peligrosa.

Ha muerto un escritor obsesionado por la escritura. ¡La escritura es terapia o no es! La literatura es para sobrevivir uno mismo con alegre dignidad. Monterroso es uno de esos autores que no deja de preocuparse por sus colegas. Jamás desaprovecha la ocasión para recordarnos que escribir es vivir. El primer mandamiento de su *Decálogo del escritor* es para memorizar: “Cuando tengas algo que decir, dílo; cuando no, también. Escribe siempre.” Pues de lo contrario, como dijo *El mono que piensa en ese tema*, “pasa la vida preparándose para producir una obra maestra y poco a poco va convirtiéndose en mero lector mecánico de libros cada vez más importantes pero que en realidad no le interesan, o [...] del que cuando ha perfeccionado un estilo se encuentra con que no tiene nada que decir”. Lean a Monterroso, pues, más que breve, es inteligente y, más que alegre, un irónico bajito. —

— AGAPITO MAESTRE